

“LABRANZA”

“Gricel”

EL VIAJE

Estoy pensando en el espacio para escribir diariamente y el que más me gusta está en un sillón, en el living. Hay más sillones pero uno es más grande, cómodo para tirarse, no es para estar erguida, alerta y atenta escribiendo. De los dos sillones individuales, elijo el que está del lado de la pared, cerquita de un mueble en el que voy a poner una lámpara. Por ahora una lamparita-velador pero es una buena oportunidad para concretar la compra de una más adecuada (y más estética). Siempre quise tener un rincón de lectura en el living y siempre lo postergué.

El lugar es muy luminoso. Tiene ventanas en las tres paredes y se ven los árboles y el pasto de afuera. El lugar es sencillo y, sin embargo muy lindo. Veo las plantas y los pájaros, y también los escucho.

En un rincón, pegado a una ventana puse un macetón de terracota con una planta con muchas hojas de dos verdes frescos que intenta volver a ser frondosa; sobrevivió a todo, la pobre.

La mañana es el mejor momento para escribir y lo es por muchos motivos: porque después de media mañana estoy en "mi horario biológico", en el que me siento mejor, más lúcida, y además, porque no hay gente en la casa; también porque desde hace dos meses tengo las mañanas libres (es una forma de decir, sin trabajo obligatorio).

Mi nombre es MIRIAM ALICIA:

MIRIAM: ES de origen hebreo. Es una variante de María. Encontré más de un significado: La Elegida, La amada de Dios.

ALICIA: Es de origen griego. La que es protectora. Real, verdadero, sincero. Protectora y defensora.

¿Por qué mis papás eligieron este nombre? Bueno, parece que las propuestas de mi mamá no convencían a mi papá. Con Miriam acordaron. Me cuenta que mi mamá elegía nombres judíos. Tal vez porque leía mucho la Biblia.

Me gusta mi nombre. Nunca ponía el segundo, en realidad no hace mucho que lo estoy utilizando. Cuando era chica no me gustaba Alicia. Ahora pienso que

es mío, así me llamo junto con el primero y no me disgusta. Muchos creían que sólo me llamaba Miriam.

Me siento bien con mi nombre, cuando me nombran siento que me fundan, me gusta que me llamen, que me nombren, lo relaciono con lo familiar.

¿A qué huele mi nombre?, ¿a qué huele Miriam?... qué lindo, nunca asocié los sentidos al nombre. Huele a frutos rojos, a bosque, a lugar donde hay mucha madera. Es de color marrón-rojizo, con muchos cobres y rojos, y suena a campana, a metal. Es de una textura abigarrada y suave, acolchada pero fuerte. Por el color, por el aroma, por los frutos y el bosque pienso que es de un lugar frío y hermoso, como la Patagonia, en el sur de mi país.

Qué raro lo que siento con mi nombre porque yo nací en una ciudad de la provincia de Buenos Aires cuyo partido está contra el mar, a 70 kilómetros.

Ya de jovencita y estudiante universitaria tuve un apodo: Flor (por el apellido y por mi papá que le decían Floro). Todavía conservo alguna amistad de aquella época que me sigue llamando así. Me gusta mucho, se parece al amor.

BÚSQUEDA Y HALLAZGOS

Siempre supe que esa familia era muy importante para mí, no sólo Elsa, también su marido, su cuñado; sus hijos no tanto por sí mismos pero sí por ser parte de ellos. Fue bastante tiempo después -y cuando digo bastante es mucho- que me di cuenta de que ellos de alguna manera fueron un refugio en el desierto. Nuestros tiempos compartidos eran algo acotados. Sin embargo, tanto Elsa como Mario Hernani, su marido, como el hermano de éste (que se me escapa el nombre ahora ¡qué rabia me da!) se sentaban a conversar, situación poco habitual, en general. Los dos hombres entraban a la casa por momentos, estaban trabajando. Tenían un negocio de antigüedades pegado a la vivienda. Era un local grande, imponente todo lo que había en él, objetos y adornos hermosísimos. En muchas ocasiones se quedaban charlando un rato con nosotras que estábamos estudiando. Casi nunca era acerca de nada, no eran "causeries". ¿Por qué con esta gente siempre se daban conversaciones interesantes, de cosas de la vida, de las que a mí me importaban? No lo sé, ellos eran así. Si bien no hablábamos de política en general o de políticas partidarias, yo, a pesar de mis pocos años, me daba cuenta de que ideológicamente no acordaríamos mucho. Tiempo después, menos cupieron esos temas. Eran tiempos de silencios, hasta la sombra de lo no dicho era peligroso.

A Elsa la conocí en la facultad, a los pocos meses de ingresar en la carrera de letras. Ella era mucho mayor que todos nosotros, tenía cuarenta y pico cortos. Dos o tres años más que mi mamá. Rendir las dos materias que le habían quedado del secundario y comenzar una carrera universitaria fue una deuda que no quiso tener más. Me acuerdo que en una oportunidad fuimos unos cuantos compañeros a una casa a hacer un trabajo práctico o algo así, no me acuerdo bien, y ahí acordamos las dos reunirnos para preparar el final de una materia. A partir de ese momento seguimos estudiando juntas. Creo que nos unió la falta, alguna carencia. Ella con cuatro hijos, no tenía mucho tiempo. Tenía complejo con la cara -siempre decía-, no porque fuera fea, sino por la edad, y hacía grandes esfuerzos para estar al tanto de lo que había que hacer, que era bastante.

Cursábamos muchísimo y había que estudiar mucho también. En cada materia teníamos clases teóricas, prácticas y de los profesores adjuntos. Ella estaba fuera de training. Además, no quería irse de la casa para estudiar con compañeros. Yo le vine bien porque iba a su casa, no tenía problema. Por mi parte, no sé, pero no estaba muy encaminada, tal vez todavía no me adaptaba a la nueva vida. Yo había llegado del interior, de Tres Arroyos, estaba viviendo con mi hermana y mi cuñado. Me acuerdo que no la pasaba nada bien. Es posible, visto a la distancia - no lo sentía así en esos momentos- que necesitara una voz adulta que me acompañase. El tema es que seguimos preparando materias.

Tantas cosas interesantes hablábamos con Elsa; y también con su marido y su cuñado. Todo era importante, vital para mí. Tal vez hubiera algo de deslumbramiento de mi parte, eran educados, elegantes, atendían mucho a sus hijos, me atendían a mí. Siempre decían que sus hijos estaban malcriados, que "de eso tenían de sobra", pero Elsa no sabía hacerlo de otra forma. El exceso de atención y de cuidados les va a traer algún problema, se van a "pegar algunos porrazos" -decía- pero eso se soluciona, en cambio, la falta, la carencia, es muy difícil de arreglar.

La vida me fue mostrando que tenía mucha razón. Yo por mí misma sé que rellenar los agujeros del alma hechos de lo no dicho, de la soledad que un niño no entiende, son zurcidos muy difíciles de hacer.

Pasó bastante tiempo hasta que terminé la carrera universitaria porque en el medio hubo un impasse, me fui a Tres Arroyos casi dos años. A los dos o tres días de recibirme llamé a los Basile por teléfono para contarles la novedad. Eran las dos comunicaciones importantes que hice: a mis padres, al rato de dar el examen, y a Elsa. Siempre había imaginado el momento en que llamara a mi casa. Y así fue, atendió mi vieja y le dije "mamá, me recibí". Y como toda persona que no está acostumbrada a demostrar sentimientos y que considera bastante estúpidas las variadas formas de la ternura, su reacción fue un poco extraña. Comenzó con palabras entrecortadas, bajaba la voz y decía palabras en diminutivo mezcladas con ruiditos. Pero fue bueno. Estaba muy emocionada.

La segunda llamada la hice pasados unos días, desde el teléfono semipúblico de la rotisería de la esquina del departamento que alquilaba. Llamé a Elsa Soulié de Basile. Le conté también que yo estaba muy pero muy contenta, que a mucha gente le había escuchado decir que no se daban cuenta, que con el tiempo tomarían dimensión del cambio de vida de estudiante a graduado, pero en mi caso yo estaba, no sé si consciente, pero sí contentísima. Es linda esa alegría. A lo largo de toda mi vida, en estos casi treinta años, siempre recordé lo que me contestó: "Miriam, hay gente que no se da cuenta de nada". Estuvo presente siempre, no el hecho de cómo puede ser la gente, sino por mí. Yo infinitas veces no me doy cuenta de lo que siento, de lo que duele algo, de lo que me beneficiaría o perjudicaría. Después aprendí que el cuerpo te lo cuenta, lo muestra para que te enteres. Creo firmemente que ésa es la explicación del porqué del bálsamo curativo que es la escritura, porque escribís en el papel, ponés en palabras el torrente emocional, y que de no hacerlo, busca salida y se escribe en el cuerpo.

Cuando recuerdo todo esto, me veo de pie, hablando -por teléfono- en la calle 54 casi 8. Cuando recuerdo a Elsa, nos pienso a las dos sentadas y conversando gratamente, cálidamente en su casa de 7 y 32

Todo es La Plata, desde los 17 años y medio, que vine a estudiar, hasta hoy. Muchos, muchísimos años. Pero hubo casi dos, cuando tenía 21, que estuve viviendo otra vez en mi casa.

Un día vi movimientos extraños en la calle céntrica dónde vivíamos. Miré por la ventana y vi carros y militares por todos lados. Yo estaba sola, mi mamá había viajado y mi papá estaba trabajando. Me asusté y como no quise estar sola en la casa por si entraban, decidí salir. Abrí la puerta, caminé un poco y vi un soldado en la puerta del zaguán, como custodiando la entrada. Me congelé. Volví hacia atrás y entré nuevamente. Miré un poco más hacia afuera, vi que estaban en la armería de la vereda de enfrente. Entonces salí y le grité al soldado si se podía salir. Él asintió. Ya en la calle, seis metros hacia la izquierda de la entrada, mi papá estaba en la puerta del bar. Yo le dije que me iba a lo de la tía Amelia, se lo repetía fuerte para que se escuchara que decía adónde iba. Le decía a papá el tiempo aproximado que me iba a quedar y le volvía a repetir a dónde me iba. Me parecía que él no me

entendía. Estaba muy nervioso o asustado, pienso ahora. Después supe que le había dicho a mi prima "A mi casa, no, por favor". Pero no, no venían a llevar a nadie de su familia.

Yo caminé derecho derecho seis cuabras, doblé e hice una cuadra y media hacia lo de mis tíos. No tengo registro de todo. Sólo que mi tía estaba aterrada y yo también, pero ninguna lo dijimos. Ella buscó la Biblia y la apoyó en la mesa. Nos sentamos y leímos juntas con voz temblorosa algunos Salmos...

" Jehová es mi pastor, nada me faltará.

En lugares de delicados pastos me hará yacer: Junto a aguas de reposo me pastoreará.

Confortará mi alma; guiará me por sendas de justicia por amor de su nombre. Aunque ande en valle de sombra , de muerte, no temeré mal alguno, porque Tú estarás conmigo. Tu vara y tu cayado me infundirán aliento..."

La hermana de mi madre, mi tía Amelia, junto con sus dulces caseros y la rosca de pelotitas con almíbar -la chichiriquiata- daba lo más importante que tenía: su fe y su método. Cuando tenía miedo leía la Biblia, cuando estaba contenta y agradecida, leía la Biblia. Es verdad que yo me paso decenas de años sin hacerlo, pero en tiempo de tribulaciones, de enfermedades graves y, ahora que lo pienso, durante algún encandilamiento amoroso, siempre he buscado en la biblioteca la Biblia de tapas de cuero blando y de hojas frágiles y eternas.

UNA ROCA DIFÍCIL DE ESCULPIR

La enemistad para mí abarca más que un enfrentamiento abierto, más que una discusión, más que gritos, más que decirle a otra persona palabras fuertes, verdaderas. La enemistad que conozco mucho es la del silencio, la del vacío, la falta de comprensión sobre qué es lo que sucede. Pienso en la alexitimia y en este proceso que se da más o menos, siempre así: Le digo al que me provoca la enemistad todo y mucho más de lo que sucede, con insultos gruesos incluidos, pero todo eso en mi mente, con gritos mudos. Después de pasar por esa etapa, desgastada, cansada y por lo general, durmiendo mal -depende de la importancia del conflicto o de la persona con la cual se produce la falta de comunicación- luego, digo, decido que para qué seguir con gente o situaciones así. En algunos casos, como el de mi hermana, siempre me ocurría que al hablar con ella suavizaba todo, necesitaba imperiosamente que no se discutiera, que no nos enfrentáramos y terminaba en forma amistosa, cariñosa y con la sensación increíble que así estaban las cosas, como debían de ser; de algún modo el orden restablecido. Pero tanto va el agua al cántaro que al final se rompe. En esta caso no se rompe pero sí cada vez alcanza menos. El bienestar posterior a la situación sobre la que no se piensa igual es cada vez menor y la sensación de que algo no está nada bien, de que no debe ser así, va en aumento. Con el tiempo empecé a sentir visceralmente que era más saludable lo segundo. Pero que faltaba todavía mucho.

El diccionario expresa que además de hostilidad, distanciamiento también es rivalidad. Dicen que no es tan malo que los hermanos cuando son chicos se peleen. A nosotras no nos pasó eso porque tenemos bastante diferencia de edad. Hasta grande yo tenía una adoración tan enorme por ella que me costó muchísimo ver cómo se comportaba, cómo utilizaba a todo el mundo y se servía de ellos -ni qué hablar de mí- como si ése fuera el orden divino.

¿Cómo se da un paso hacia adelante en estos entuertos interiores? Digo los propios, a mí no me sirve culpar a los otros. Es FÁCIL (ahhh!!). Sencillamente decir las cosas que una siente y quiere. Para eso hay que saber qué es lo que una siente

y quiere. Me está llevando una vida acercarme a esas latitudes del alma. Pero vamos andando.

El distanciamiento con la gente que se ama, que fue el hogar, es una forma de muerte. Recuerdo cuándo pensaba que alguna vez mi padre no iba a estar en este mundo, ya era adulta y él estaba mayor, aunque no demasiado. Pero me parecía imposible, raro y sin embargo sabía que eso iba a suceder. Era cómo prepararme, pero también había algo así como extrañeza. Cómo es el mundo de una persona cuando no existen más sus padres, cuando no está más esa especie de mirada hacia arriba, cuando no sentís que tienen que entenderte ellos o que lo que hacés tiene incidencia -o no la tiene para nada- en tus padres.

Cuando pensaba en la muerte de los "padres" era una generalización, porque yo la preveía en mi padre, no en mi madre. Tal vez porque era bastante más joven que él.

Mi primer marido murió de cáncer muy joven, no alcanzamos a tener hijos. No podíamos, evidentemente porque ya no estaba bien, pero me mandaba a mí al médico. Si hubiera ido él tal vez le hubieran detectado el cáncer precozmente.

Estoy viendo la muerte literalmente "muerte de un ser vivo". ¿Pero cuántas veces una se siente morir, desvanecer, desaparecer? Cuántas veces se muere por no hacer lo que puede darnos placer, armonía, tranquilidad. Cuántas veces más por abandonar o sentirse abandonada.

No puedo hallar bien la conexión que me lleva a relacionar muerte con movimiento, con renovación. Yo tengo artrosis degenerativa. Es muerte, muerte por no fluir, ¿qué?, por no salir, ¿qué?, por cristalizarse, ¿qué? y aquí siento que sé cuántas cosas pueden cristalizarse, endurecerse y finalmente destruirse como el cartílago de mis huesos. Morirse.

Llego a estos lugares recónditos y casi salvajes de mi ser y me doy cuenta que también sé, aunque tenga que buscarlo, reconstruirlo, todo aquello que nos hace vivir, sentir plenos, vitales y generosos con nosotros y con los demás. Los otros, que también sufren, que mueren por no tener asistencia o alimento. A mí durante largo tiempo me costó conseguir condiciones dignas de vida. Sé que eran épocas de economías imposibles para la mayoría de la gente pero también era algo

propio. Me costó mucho, sólo sabía intentar aprovechar al máximo lo poco que tenía, vivía de una manera espartana.

El dinero no me fue una cuestión fácil, claro que no me daba cuenta. Asocio el dinero a situaciones más generales como saber manejarse en las cuestiones laborales, profesionales. Yo siempre tuve poco, gané poco, me reconocían por mi trabajo, me llamaban para cosas interesantes, pero nunca había presupuesto, terminaba trabajando ad honorem. Hace aproximadamente diez años, un día me dije que no iba a ser más pobre. Habíamos pasado una hiperinflación galopante, igual soy consciente de que no fue una frase, fue un click en mi cabeza. Y no fui más pobre. Esto parece los testimonios que incluyen cuando te quieren vender un libro de autoayuda o una receta para "ser feliz". Pero la verdad es que así fue. Claro, para muchos mi situación actual sería ser recontra pobre. No tengo siquiera auto y veo que, en los últimos años, todos lograron comprárselo, aun gente con empleos no muy remunerativos. Pero empecé a trabajar más en docencia aunque no era lo que yo quería y no me faltó dinero fluyente para vivir y encarar las situaciones que se iban presentando en la familia. Yo: temerosa, organizada, ahorrativa, pagaba todo al día. Mi ex marido, el papá de mi hijo: audaz, derrochón, siempre termina no pudiendo enfrentar económicamente ni las más mínimas situaciones de la vida diaria. Desde que me separé avancé mucho en ese sentido. Me falta usarlo, no tener tanto miedo. No sé si es por miedo. Estoy pensando que es falta de hábito de vivir bien y disfrutar lo que se desea (y que ni aparece como deseo). Muchas veces pienso que otras personas la pasan realmente mal, entonces algunos gastos me parecen frivolidades. Pero me gustaría tener la casa hermosa, no con cosas lujosas sino bellas, estéticas, armadas quizás por mí. Recién voy terminando la casa y estoy contentísima con ello.

Y en tren de asociaciones me aparece una historia vieja: mi hermana siempre me sacó dinero. De chiquita me pedía lo que tenía en la alcancía que siempre les regalaban a los chicos. De grande, ni hablar. Ni hablar. Es un karma. No me puedo desligar de ella. Estoy prisionera de ella y todo se alarga. Siempre atrapada por el dinero o bienes materiales. ¿Qué pasará cuándo al fin dividamos bienes ya sin

padres ni propiedades en común?, porque por más que lo impida en algún momento será. Tal vez ahí se pueda rearmar el vínculo.

Rearmar los vínculos que se pueda o quiera, construir nuevos, mirarme adentro, lo más profundamente y sinceramente posible, no tener miedo y atender - atender a otros que lo necesiten. Esto es lo que quiero para cada día.

SEGUNDA PRUEBA

Vi a una mujer mejor de lo que la siento cotidianamente. Para llegar a verla hubo postergaciones, excusas, que estamos en invierno, que julio ha venido helado y desnudarse ante el espejo y verse requiere de valentía. El ritual venía como pelota, de un momento del día al otro y siempre fuera de la cancha. Hoy me levanté, acerqué la estufa al espejo y empecé.

La sonrisa que me veía, creo ahora, no sé si era de aceptación, tal vez de timidez, como si con la que iba a estar no fuera yo. Seguí mirándome, toda, parte por parte y pensé que a pesar de no atender mi cuerpo, éste era bastante fiel, que los cambios se debían al paso del tiempo pero no eran tan malos. A medida que pensaba esto sentía que era bueno aceptarme, que había cambiado pero ésta era yo. Seguía sonriéndome, me veía todos los cambios y me di cuenta de que yo no me miro en detalle nada, me baño y ya no me miro hasta que estoy vestida.

Me entretuve en las piernas, un poco más arriba de las rodillas para abajo y sentí que tenía que atenderlas a partir de ahora; están muy varicosas, no me di cuenta que avanzó tanto. Y sentí que ahí sí hay algo para encargarme, no hablo de belleza, hablo de salud emocional y física.

Me miré, me miré y decidí sacarme los anteojos. Los anteojos no son míos es algo agregado. ¡Ay!, no me vi. Tenía que hacer algo, me perturbó no verme o verme tan difusa, no me distinguía los rasgos de la cara. Hice un esfuerzo por focalizar y fue extraño porque me vi un poquito mejor. También sentí que tenía que hacer algo más, entonces acerqué mi cara al espejo, casi tocándolo; me vi los ojos casi pegados, la mirada de la otra –la del espejo- dentro de mí, todo eso en un segundo, y sentí un movimiento un poco más abajo del pecho, casi en el estómago. Un movimiento rápido, fuerte, casi algo externo de afuera que me tomó, pero tan interior, tan mío en la zozobra que fue sólo sensación, sin pensamiento.

Instantáneamente me di cuenta de que era miedo, MIEDO con mayúsculas. Después seguí "ojo con ojo" viendo cómo el hecho de focalizar en mí era lo que me daba temor y era lo que tenía que hacer. Fue un descubrimiento. Después me vi "de

afuera", desnuda, con la cara contra el espejo que reflejaban así, unos ojos desmesuradamente grandes y me dio risa, me hizo gracia y sentí alivio.

Di por terminado el ritual, me alejé del espejo y caí en la cuenta de que no había hablado en voz alta conmigo misma. Volví como quien cumple con un deber, para cumplir con un ejercicio y terminar. No fue hablar y terminar con el ejercicio. No me salía casi la voz, balbuceé alguna palabra pero me di cuenta de que no era un diálogo, que hablaba como en tercera persona, no sé bien, pero no era "yo" y a la que estaba en el espejo. Entonces comprendí que aquí estaba mi zona difícil, que era lo que yo no podía realmente. Y en voz alta me pregunté porque hablaba en forma tan artificial, como una actriz que no se cree su papel. Esto que acabo de decir me perturbó casi -no tanto- como mis ojos pegaditos al espejo intentándome ver. Pude sacar la voz un poco más, me hablé, hablé a la que estaba del otro lado.

Otra vez siento vahídos, tengo ganas de llorar porque no recuerdo lo que dije. En este momento quisiera pedir ayuda, se mezclan el deber de lo que tengo que hacer para cumplir con el pedido de transcribir el diálogo y el miedo. Veo mi eterno mecanismo: el deber es más fuerte entonces, lo que siempre hago para cumplir es enmascarar y en forma distante de mí misma; con un esfuerzo casi superior a mis fuerzas (sin ver esto que estoy viendo, que no aparezco yo, que no respondo a mí), hago lo que tengo hacer y cumplo. ¡Dios mío, qué angustia tan grande, tan grande!...

LA ENTREGA

Creía de adolescente que yo era de "avanzada" respecto al sexo, y seguí creyendo eso durante largo tiempo. Viví una época de cambios, de transición entre una virginidad mantenida hasta el casamiento y "eso es una bobería, qué atrasados son". También de mucha hipocresía. Con muchas chicas de mi ciudad natal no hablábamos abiertamente sobre nuestras relaciones con el sexo opuesto. Yo no lo hacía porque descartaba su pacatería. Muchas veces me equivoqué, ellas mantenían esa postura hacia afuera aunque tuvieran relaciones con sus novios.

Cuando me vine a vivir a La Plata, ciudad universitaria, todo era libre, no había problema ni censura. Igual me doy cuenta ahora de que no éramos tan libres. Libertad hasta que empezabas a estar de novia en serio, hacías planes para casarte y todo el avance social respecto del tema retrocedía varios casilleros.

Yo fui "recatada" mientras estaba de novia. Me despiolaba un poco en las etapas de transición. Visto a la distancia creo que tuve mejor sexo en estas últimas que con los fulanos oficiales.

Igualmente, viví el sexo como algo que no implicaba ninguna problemática para mí y eso, hoy, veo que no es tan así. Con mi segundo marido, recién a los 39 años, tuve algunas satisfacciones que no había tenido. Nunca me había dado cuenta. El tema tan aceptado estaba negado o mejor, tapado, sin indagar, sin que me diera cuenta. Recién ahora, que mi libido ha disminuido drásticamente por la etapa de la vida que transito, puedo mirar con más tranquilidad y ver que nunca me animé a mucho. Siempre fui clásica y segura en el tema. La seguridad me la daba mi apasionamiento, creo que era el salvoconducto para que mis parejas aceptaran no innovar demasiado y que se pudiera seguir con cierta plenitud. También es cierto que pasado el tiempo en pareja mi deseo siempre disminuía.

Mi presente no lo entiendo, creo que también es parte de la sexualidad intentar buscar una pareja, abrirse a conocer a otros. Sin embargo, no muevo un dedo. He llegado a pensar que estoy demasiado bien sola. Pero no puede ser verdad, una persona necesita de la caricia del amor o del sexo.

El tema del sexo siempre estuvo teñido por el peligro de un embarazo. La noción de maternidad compartida y en familia, nunca sola, fue rotunda, clara. Antes de casarme me parecía aterrador quedar embarazada y tener que ir a decirle a mi madre "estoy embarazada". Poquito antes de recibirnos, ya con planes de casamiento, tuve un retraso menstrual de varios días. Recuerdo que sentía morirme y que amigas y compañeras de estudio me decían que no era para que me enloqueciera así, que al fin y al cabo mi desesperación era exagerada. Mi madre siempre me había dicho "*lo único que te falta es que te cases embarazada*", como explicitando el oprobio que eso le causaría. Mi novio, con mucho humor decía que ya podía informarle a mi vieja: "*mamá, ya no me falta nada*". Pero el asunto fue un retraso por el estrés que seguramente me causaba el tener que dar la última materia; así que un día, cuando acepté que, bueno, no era lo peor que le podía pasar a una persona, sobre todo a mí, ese día, me indispuse.

No hubo otras dudas. No quedé embarazada, Guillermo me mandaba a mí al médico. Él no fue, qué pena grande porque seguramente le hubieran detectado el cáncer que tenía y que lo volvía infértil. Estuvo mucho tiempo mal, dos años sin caminar porque tenía metástasis en columna. Después se murió y después tuve cáncer de cuello de útero yo. El útero, el hogar, el lugar de la creatividad más profunda. Cáncer. Bueno, el tema es que estuve sola bastante tiempo y luego sin relaciones muy formales o prolongadas. Cuando empecé mi relación con Daniel, el padre de mi hijo, yo tenía 39 años y ya había estado averiguando si mujeres solas tenían posibilidades de adoptar niños.

No pasó mucho tiempo y quedé embarazada, pero el embarazo no prosperó. Mi desesperación fue tan grande como las posibilidades de no ser madre. Además, debía esperar luego de la operación por lo menos seis meses y a esa edad el tiempo corre más ligero que en otras, todo se empieza a complicar. Mi deseo era tan fuerte que creo que me quemaba. Todos lo sabían, por eso cuando finalmente se dio, me encontraba con gente en los pasillos de la Facultad donde daba clase y al verme la panza, todos gritaban y me abrazaban. Fue hermoso, como si por fin yo también pudiese gozar de lo que la naturaleza, la vida le permite a todos los mortales. Estaba

radiante. Fueron un embarazo y un parto de riesgo, pero todo salió muy bien y llegó Julián, nuestro hermoso hijo.

Segundo tema: si seguís trabajando, a tu hijo lo crían otros. No nos parecía bien dejar un bebito en una guardería aunque era algo socialmente impuesto y se veía peor mi abandono a mi carrera como investigadora y docente que el hecho de que lo dejara en una guardería. Pero yo había deseado demasiado la llegada de un hijo para que me lo criaran desconocidos, y la verdad, ni al padre ni a mí nos parecía bien. Sólo seguí con una comisión en la Facultad de Periodismo y un curso en un Terciario para no perder antigüedad. Cuando Julián fue más grande, alrededor de los cinco, seis años, empecé a trabajar más, lo necesitábamos realmente, pero organizamos con el padre, yo tomé horarios vespertinos y nocturnos para irme cuando él ya había dejado su trabajo, y para que siempre estuviera alguno de los dos en la casa. Además, con nosotros vivía Juan Ignacio, su hijo menor que era adolescente y también necesitaba atención y padres en la casa.

Sí, dejé toda una carrera encaminada y en un momento que no era el indicado; también pasó que no fue posible recuperar esos logros. Sitio dejado fue sitio perdido. Pasado el tiempo terminé de ver el concepto o la fuerza organizadora de ese período: fue el tiempo de criar, del hogar, yo no perdí nada y nunca lo sentí así.

Es verdad que hay tiempos para cada cosa. En otros aspectos de mi vida no lo hago así, siento que hago todo a último momento, cuando ya casi no se puede, expiran los plazos, entonces la carga es enorme y no puedo entregarme a lo que hago, a mis deseos. Al escribir esto veo que es un estilo que también tiene relación con la sexualidad, con una cuestión de género, con sentirme mujer y el tejer la vida entregando todo, yendo hasta el fondo. Yo no hago eso, creo que no me animo, tengo miedo y siempre excusas. Por eso, al hacer todo tarde, tengo justificación interna para dejar sin terminar -o el tremendo peso interno de deja muchas veces, sin intentar. Ver el deseo e intentar es lo que puede hacer la diferencia de pasar por este mundo simplemente, o vivir la vida, honrar la vida.

EL LATIDO DE LA MONTAÑA

Hablar de los deseos, cómo surgieron, por qué se desea alcanzar determinados logros no es nada difícil, pensé al leer el último ritual, el secreto número seis. Era sencillo, no presentaba inconvenientes, era casi descriptivo. Inmediatamente me di cuenta de que si apartaba "los deseos universales de tener salud, solvencia económica y armonía familiar", se me complicaba. Pensar esto y percatarme de que yo no tengo deseos o no los distingo bien, fue casi una misma cosa. Bueno, con esperar un poco la idea va a ir madurando y ya estaré para escribir. Pero pasó un día, luego dos, tres... y no aparecía nada. Pasados unos cuantos días, decidí escribir lo que me pasaba, con la esperanza de que al escribirlo pudiera aparecer.

Yo no distingo bien los deseos porque cuando me entusiasmo con algo o decido emprender acciones en prosecución de un fin (deseo), en general está mezclado con el deber, con la obligación de hacerlo. Y empiezo a postergar porque se torna de un peso casi insostenible y termino dejando todo. A este abandono le sigue un período corto de liberación -no tendré que pasar por ninguna prueba-examen- pero después se abre un vacío y una frustración grandes.

Con el riesgo que implica, igual intentaré hablar de algunos deseos. Uno es terminar de escribir mi tesis de la especialización en autobiografías femeninas, que abandoné hace tiempo y que estoy retomando; quiero anotarme en el doctorado, quiero volver a organizar y coordinar talleres. Pero para todo se necesita concretar algunos puntos, se necesita ESCRIBIR y yo no puedo.

¡Bueno, ahí hay un deseo bien claro!!! PODER ESCRIBIR, apoderarme de mí, liberarme de mí.

Tengo también una fantasía de mucho tiempo: viajar a ciudades de la provincia dando seminarios y talleres. Hace años que lo imagino y siempre me pareció genial pero no sé si es un deseo o sólo una fantasía que al intentar concretarla la realidad muestra que no es viable.

Se me cruza también el tener una pareja, un compañero, menos que marido, más que amigo. Pero es un deseo que se muestra muy suave, con casi ninguna determinación. Sólo son fantasmas.

No sé ver, distinguir, no sé cómo se siente un deseo y se sostiene la llama sin vergüenza ante la mirada de los otros. Creo que éste es el interior de mi montaña, esto es lo que veo.

La creencia de tener que esforzarme mucho para recibir algo me ha impedido ver claramente mis anhelos. Ahora, con atención, he podido darme cuenta de que todo aquello que deseo queda separado de mí por una inercia y sopor que interpongo y que me lleva a apartarme de lo que he elegido.

Quiero escribir y hace tiempo que no puedo. DESEO PROFUNDAMENTE PODER HACERLO, NECESITO HACERLO. Días y días tratando de retomar el diario íntimo de una mujer en Malvinas. Amo el tema, amo nuestras islas Malvinas y no sé por qué sigo dando vueltas.

Sin embargo, todo este tiempo escribiendo y compartiendo con la Hermandad los secretos y rituales me ha hecho muy bien, me empujó a concretar, a sentarme otra vez.

Empecé hace tiempo siguiendo justamente el deseo de rastrear, ver cómo se construye y auto constituye la subjetividad en las mujeres. Para esto tomé textos de mujeres del siglo XIX y también del XX; incluí el relato oral de una mujer chiriguano analfabeta. Me admiró siempre que en el siglo XIX se animaran a escribir, a decir, a buscar los resquicios, los intersticios del silencio impuesto y tener de a poco, voz. ¡En el siglo XIX!, ¿no es maravilloso? Tal vez fue la invisibilidad femenina lo que llevó a que estuviera tan extendida la práctica del diario íntimo y los textos autobiográficos en general.

Pero retomando el tema quiero poder hacer estos trabajos para continuar investigando la escritura como terapia.

De todos modos, me gustaría aspirar a ese plano en que deseo y sueño se juntan, donde están esas ideas locas, esas situaciones en la que quisieras estar y que por alocadas no sos capaz de comentárselas a nadie. Es necesidad de hacer obras, de mostrarlas; deseos poco humildes de reconocimiento. "Tenés pajaritos en la cabeza" decía mi mamá. Y acá está el meollo de mi cuestión, de mi vida: Perdí de vista los pajaritos porque estaban muy altos, porque no me animé, por cobarde, y sin ellos no sos nada, sólo nacés y te morís un día. Por eso acá va mi gran deseo:

LLENARME LA CABEZA DE PAJARITOS, DE IDEAS LOCAS Y ANIMARME
A HACER SÓLO ESO, A SEGUIR SÓLO EL LATIDO DE MI PROPIO CORAZÓN.